

CUADERNO ASINTOMÁTICO

Claudio Colina Pontes



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.baileelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Tiene en sus manos el

cuaderno asintomático

de

Claudio Colina Pontes

que contiene
un relato nómada,
22 narraciones cortas,
10 cuentos de 99 palabras
y una llamita viva

En el parto del *cuaderno asintomático* participaron:
Claudio Colina Pontes, que elaboró los relatos entre mayo de 2001 y agosto de 2002; Gabriel Díaz Mora, que ordenó el material y ofreció la foto de portada (tomada en la Exposición Mundial de la Pesca celebrada en Vigo en 1997);
Elena Villamandos y Luis Aguilera, que corrigieron los textos con el mejor criterio y los enriquecieron con numerosas sugerencias.

El autor recomienda la lectura del *cuaderno asintomático* de principio a fin.

En seguida sabrá por qué.

LAS AUTORIDADES POLICIALES ADVIERTEN DE QUE
LEER PROVOCA UNA ADICCIÓN ASINTOMÁTICA E IRREVERSIBLE

Por un inexplicable desmembramiento, el cuerpo tomó el camino que quiso o que pudo y mi alma quedó sola con su esencia que es la transmigración, la huida, el viaje y su retorno.

Luis Aguilera

Cuando estaba en la escuela hablaba con mis compañeros y decíamos: 'en cuanto dejemos esto nos largaremos a Londres para hacer algo que nadie más esté haciendo'.

Ian Curtis

And when I start my new life I won't touch the ground.

Suede

A Felicidad

ÍNDICE ASINTOMÁTICO

| | |
|---|-----|
| Nota del encontrador | 17 |
| De cintura para abajo | 23 |
| Anoche | 28 |
| Llamitas | 29 |
| Nómadas | 30 |
| Nos engañaron con la primavera | 48 |
| Gasolina | 49 |
| Un caso clínico (desgarrador) | 52 |
| La importancia del bulto | 58 |
| El campo, la noche, las estrellas | 59 |
| La rosa de los vientos (vigésimo sábado en seco) | 61 |
| La feria de Pekín (I) | 69 |
| Medio kilo | 70 |
| La feria de Pekín (II) | 75 |
| Noticias del mundo | 76 |
| El Rumano | 77 |
| La niña descalza | 78 |
| Nos engañaron otra vez con la primavera o un día cualquiera en la nueva economía | 93 |
| Síntomas de madrugada | 95 |
| En la feria del libro (o el acontecimiento cultural del año) | 97 |
| Atención al artista | 98 |
| La feria de Pekín (III) | 100 |
| Crisis | 101 |
| Una llamada nocturna | 104 |
| La feria de Pekín (IV) | 110 |

| | |
|--|-----|
| El espejo | 111 |
| La decisión hipobárica de Remigio Guerra Fernández | 115 |
| La guadaña | 120 |
| Margarita hiperbárica | 123 |
| <i>Una casita en la playa</i> | 128 |
| <i>Escrito en una servilleta</i> | 131 |
| La feria de Pekín (V) | 145 |
| Apéndices | 152 |
| Comercio asintomático | 155 |
| Nota biográfica | 157 |

NOTA DEL ENCONTRADOR

Cuando encontré aquel cuaderno sucio y manoseado durante mis últimas vacaciones, una mañana de un fresco jueves de primavera, mi primera intención fue devolverlo a su portador. Pero no podía hacerlo sin verme involucrado en un enredo con las fuerzas del orden. Y no hay nada peor cuando uno es extranjero. Mi segundo impulso fue tirarlo al río: en su corriente haría desaparecer ese manojo de hojas garabateadas y arrugadas a la vez que me quitaba una preocupación de encima. Sin embargo, la acera de aquel paseo portuario estaba demasiado llena de domingueros, de familias y de niños que disfrutaban de la brisa de la mañana, y cuando intenté tomar algo de impulso para lanzar cual discóbolo aquella libreta manoseada a las aguas del río, algunos me miraron con expresión de censura y tuve que desistir. Un chaval, que había parado cerca de mí con una pelota en las manos, me miró fríamente e hizo que guardara el cuaderno en el bolsillo.

Me dije que tendría que buscar una ocasión mejor para tirarlo. Tendría que deshacerme de aquel papel en privado, como si se tratara de las heces de cada día. Como se hacía con los residuos más comprometidos en la facultad de Medicina. En aquellas prácticas infames, los fragmentos de vísceras que cortábamos a cadáveres anónimos con las manos torpes de un bricolaje impaciente (sí, aquello era cortar, no se podía llamar disección), aquellas vísceras mutiladas eran retiradas de la circulación y eliminadas por unos métodos que nunca quisimos indagar.

Ahora guardaba en el bolsillo una libreta manoseada y ajena, extranjera y desconocida, que no despedía olor, que no pesaba en las manos. Era un cuaderno infestado de párrafos y ulcerado por borrones —gérmenes cotidianos— y sin embargo asintomático. Corría riesgo de infección, lo sabía, pero cada vez que me proponía sacar del bolsillo aquella libreta y alejarla de mi sistema inmune, una dejadez repentina me lo impedía.

Así pasé el resto del día. Estaba de vacaciones, me dije, y ningún síntoma iba a trastocar el plan previsto. ¿Que cuál era el plan previsto? No hacer planes.

Había cerrado la consulta por unos días y decidido salir del país. Abril es tan buen mes para descansar como cualquier otro. No soy de los que caen en la vulgaridad de cerrar en agosto. «Vacaciones de primavera». Creo que no suena nada mal. Se me había ocurrido que Bélgica, y en especial Amberes, podía ser un buen destino. Amberes, famoso por su puerto, sus diamantes, su regia catedral y sus putas. Dejé al margen síntomas, radiografías y diagnósticos para recorrer las avenidas de Amberes y hacer un poco de turismo inculto.

Aquel día desayuné en el hotel té con galletas y huevo revuelto. La camarera presentaba síntomas de gripe. Veinticuatro horas antes ya me había dado cuenta, por la mala cara que tenía. Intenté explicárselo con señas (lo de la mala cara, no lo de las veinticuatro horas) pero no estoy seguro de haberlo conseguido. Eso sí, sonreía mucho y asentía con la cabeza. Más tarde, en una cafetería cercana me senté a leer la prensa. Sentarse a leer la prensa es algo que permite fijarse en otros detalles. Desde mi mesa podía ver los rótulos de cinco joyerías cercanas. Todos los carteles estaban adornados con dibujos que representaban diamantes. Los periódicos belgas publican buenas fotos. Sobre los textos no puedo opinar, porque no los entiendo. No sé idiomas. Pero una cosa es no saber idiomas y otra distinta es no hacer intentos por integrarse en el lugar donde uno ha ido a parar. Es de lo que se trata, al fin y al cabo. De lo que se trata es de parar, no de integrarse. Aunque también. Y en primavera, más.

Una vez repasadas las noticias de la mañana, y visto que los síntomas informativos en la Unión Europea eran los habituales de un jueves, salí a pasear y a mirar escaparates.

No conocía el cambio del franco belga, así que todo resultaba baratísimo. A las puertas de la catedral, una edificación formidable y omnipresente en el centro de Amberes, dejé un puñado de monedas a los pies de un mimo que imitaba a una estatua de bronce. Ahora pienso que la propina quizá fue excesiva: no paró de mover los brazos y de gesticular tras aquella careta metalizada durante por lo menos tres minutos. Entré en el templo cuando el resto de turistas que hacían corro ante la falsa escultura empezaron a mirarme y a señalarme.

Me senté frente al altar mayor y me relajé pensando en la última apendicitis que había operado. No había estado mal, me dije. Nada mal. Había sido cosa de un ratito. Había sido como decirle al cuñado: «¿Qué hacemos, vamos al cine o vamos a tomarnos unas cañas?, bueno, bueno, espera que extirpo este apéndice y ahora lo decidimos. Ve mirando la cartelera».

En ese mismo instante tuve la certeza de que alguien de mi ciudad era ingresando por urgencias con síntomas de apendicitis; alguien estaba gritando, deseando un bisturí con toda su alma. Pero no debo pensar en eso, me dije. Traté de calmarme de nuevo, bajo la luz fría de las vidrieras.

No podía imaginarme que por la tarde regresaría a ese mismo banco de la catedral a leer aquel cuaderno asintomático que comenzaba a pesar en el bolsillo después de la hora del almuerzo. Sí, tras el almuerzo la libreta, aquel manojito de papel arrugado comenzaba a pesar cada vez más. Hasta que tuve que extraerla con ambas manos como un niño que saca del bolsillo un gorrión herido para ver qué síntomas presentaba.

Me resultó llamativo el hecho de no haber pensado en su dueño desde que lo recogí del suelo por la mañana. Paseaba por la zona peatonal del puerto cuando me fijé en un acordeonista calleje-

ro que se hallaba sentado contra el muro de piedra. Lo había visto otros días, siempre en el mismo sitio, tocando siempre las mismas cancioncillas, recibiendo monedas de los paseantes. Parece que era antiguo en esa esquina, porque los colores de su ropa se habían tornado del mismo gris de la piedra, y el propio músico asemejaba una protuberancia del muro, un apéndice vivo, un tumor sonoro.

El jueves por la mañana también estaba allí. Pero inactivo. Me acerqué unos pasos y advertí que se hallaba dormido. Si pudiera ver las frías miradas que le dedicaban los peatones, lo poco que echaban de menos sus canciones tradicionales, tocadas de manera asmática y mecánica, le daría algo.

Me aproximé un paso más y noté que de todos modos le había dado algo. El acordeón plegado descansaba sobre su tripa, y en el platillo brillaban cuatro monedas. Como no conocía el cambio, pensé que con eso no podría comprar ni una cerilla usada. Una pulga le asomó por el cuello de la camisa, y me retiré por si saltaba. Fue en ese momento cuando apareció la pareja de la policía, dos belgas maduras y bien alimentadas, que se plantaron frente a él con los brazos en jarras, chasqueando la lengua y jurando por lo bajini. Tomé una distancia prudente aunque no del todo aséptica, contando con que las pulgas tendrían más que suficiente con esas dos mujeres carnosas y me dejarían en paz.

¿Cómo se diría en francés «ojo, que tiene pulgas»? pensaba, mientras las policías se arremangaban y se ponían en cuclillas, con un tintineo de esposas colgadas al cinto, para retirar al músico de sesión. Les costó cogerlo en volandas. La que juraba empezó a hacerlo en voz alta. La otra gruñía y apretaba los dientes. Los que mirábamos no hacíamos nada. Más que eso: mirar. No se les ocurrió retirarle el instrumento antes de levantarlo. ¿Cómo se diría en francés «quítente el acordeón, que el paquete completo pesa demasiado»?

Sabía que no se iba a despertar. Creo que ellas también, porque no hicieron por despertarlo antes de llevárselo. No sería la primera vez que tenían que atenderlo. Lo del músico era algo

asintomático. El sistema nervioso central salta de repente como los plomos de una vivienda, y ahí te quedas colgado, dormido como una marmota. No era grave.

¿Cómo se diría en francés «lo tuyo es asintomático»?

Se despertaría un tiempo después y no se acordaría de nada. Se llevaría un susto al verse en comisaría.

¿Se llevaría un segundo susto al ver que había perdido un cuaderno pequeño y viejo, escrito en español? Las mujeres policía levantaron la mísera instalación del acordeonista, recogieron el platillo, le metieron en el bolsillo las cuatro monedas, y en el último momento no advirtieron la libreta, que cayó de algún bolsillo interior. La recogí sin pensarlo dos veces, sin mirar luego a las caras de los otros curiosos.

Por la tarde, en aquel escaño de la catedral le hice la necropsia a aquellas páginas con mi bisturí portátil, y encontré que si llegaban a publicarse como el cuaderno asintomático que conformaban, podían situar a su autor en un puesto preferente entre los más desconocidos y los menos vendidos de la nueva literatura española. En el cartón que hacía las veces de tapa habían grapado un recorte de la sección de sucesos de El Diario Provinciano. Me alegró la tarde el hecho de poder leer una noticia y entenderla de cabo a rabo. La información hablaba de cómo unos delincuentes de poca monta habían matado a un hombre, que sufría parálisis cerebral, con una escopeta de cañones recortados. Conocía bien la ciudad en que aquello había ocurrido. Mi amigo Juan Manuel y yo la habíamos visitado recientemente en su BMW azul metalizado, por el mero gusto de hacer kilómetros con el coche, recién comprado, y de disfrutar del ambiente de sus afamados bares nocturnos. Encontramos, sin embargo, una ciudad apagada, casi siniestra, en cuyas avenidas solitarias se estancaba un aire frío y enrarecido.

A lo que íbamos: aquel pobre paralítico caminaba solo por la calle, al fresco de la madrugada, cuando los delincuentes juveniles lo abordaron. Le dispararon desde un coche y salieron pitando.

Con el tiempo conocí a Claudio Colina Pontes y me cayó mal desde el primer momento. No me acordé de preguntarle por qué había conservado aquel recorte del Diario Provinciano. Sí me relató la manera en que perdió el cuaderno asintomático y lo mal que lo pasó. Se hallaba disfrutando de unas vacaciones de primavera en Amberes cuando se le extravió. Pero ¿cómo es que un obrero especializado ramplón como Claudio Colina Pontes se puede permitir unas vacaciones de primavera? Nunca más me planteé la posibilidad de tomar días libres en abril. A partir de entonces cerrarí la consulta en agosto.

Carmelo Manzano Hernández

DE CINTURA PARA ABAJO

Qué quieren que les diga: para ser quien soy y estar en el puesto que ocupo, no tengo mucho trabajo. Y me cuidan. Sobre todo ella. Dos veces a la semana me da un repaso a fondo. Hay semanas que tres. Me mete la mano por la boca, hasta el antebrazo, chapoteando sin guante ni nada, y me friega bien los interiores. Los niños me tratan a la patada. Pero me llevan poco tiempo, sus deposiciones son poco voluminosas y no tienen manías. Aún. En cuanto a él, siquiera me mira. Sólo me ofrece su ano. Podemos decir que va al grano —a la almorrana, en su caso— y se olvida de mí en cuanto queda satisfecho, porque cuando acaba, abre la ventana, para que el aire se renueve, y se larga con un portazo. En seis años que llevo instalado aquí, sólo se ha dirigido a mí una vez. Para ustedes quizá sea irrelevante, pero para mí ha sido un capítulo importante de mi vida. Y hoy quiero contaros lo que ocurrió.

Perdón. Aún no me he presentado. Soy el retrete de los Méndez. Vivo y funciono en el hogar de esta familia de cuatro miembros desde que se construyó la casa. Por aquel entonces, el pequeño todavía no era usuario. Y el hijo mayor era bajito aún, y tenía una puntería tan lamentable que siempre me salpicaba y hasta me chorreaba por fuera. Por cierto, algo inaudito: la concentración de sus micciones era tan alta como la de un abuelo alcoholizado. De hecho, a los pocos meses tuvieron que cambiarme los tornillos que me fijan al suelo. Los había corroído con sus de salpicones. Si se hubiera soltado la sujeción, podía haberme desnucado.

Pero vamos a lo que nos ocupa. El otro día —ya eran más de las doce de la noche— se asomó el cabeza de familia al baño, acompañado de una visita. Era una mujer menuda, rolliza, con el pelo corto y una voz nasal afilada por la reverberación en el alicatado del baño. Abrieron la puerta, el uno junto al otro, y quedaron como dos perritos falderos que se asoman al dormitorio principal, sabiendo que les está prohibido pisarlo. Él quedó con la mano en el picaporte, sin llegar a entrar. Ella me había visitado ya dos veces aquella noche. De hecho, lo primero que hizo al llegar a casa fue consignarme una micción breve y cálida. Había tomado café. Se nota enseguida en la textura del líquido. Me extrañó que, siendo como era una invitada, se arremangara luego la falda con cuidado de no arrugarla, se deshiciera de los zapatos y de las bragas —yo, que, debido a mi puesto, conozco el percal, debo precisar que se trataba de un modelo caro, color champán, con encaje, tipo nochevieja o aniversario de bodas—, se acuclillara en la bañera (no tenemos bidé) y se lavara con mucho, pero que mucho esmero.

Volvió una hora después, y entonces comprendí. Me entregó otra vez sus orines, y en ellos había un regusto familiar. El olor de él. Esta vez se demoró sentada sobre mi aro. Inclino el cuerpo hacia delante, apoyó el pecho en los muslos y se asió los tobillos con las manos. Inspiró profundamente, aguantó el aire unos instantes y luego espiró por la nariz, en un suspiro largo, silencioso y satisfecho. De sus labios menores, lacios, enrojecidos, aún excitados, brotaron una, dos, tres gotas de semen. Ahora cobraban sentido los sonidos amortiguados de forcejeo blando, de risitas y lamentos que había escuchado. La esencia no cayó en mi boca, sino en la pared. Eso me molestó. Estas cosas ocurren por acuclillarse. La gente no se da cuenta de que hay que sentarse en posición correcta para que los flujos, reflujos, humores y residuos caigan en el agua, donde tiene que ser.

Viernes. Entonces caí. Sí, era viernes. La señora y los niños visitaban a la madre de ella los viernes. La señora los recogía en el colegio e iban directamente a casa de la vieja. Menos mal que la

abuela no viene casi nunca. Toma medicamentos, y los moñigos que expulsa, arrugados y defectuosos, sin textura ni cuerpo, están impregnados de los residuos de las medicinas. Es algo que me irrita el sifón, y me deja alterado por un par de días. Nadie sabe como yo sabe lo que son los efectos secundarios.

Casi siempre llegaban tarde los viernes. Los niños, exhibiendo alguna chuchería que les había regalado la abuela. Ella, con algunas copas de Licor 43 de más. Aunque no era boba. Entraba en casa mascando el chicle de menta más fuerte del mercado, y con gestos de cansancio disimulaba muy bien la torpeza que se le había anclado a la lengua. Venía lo antes posible a verme, y en su líquido espumoso y abundante había un pestazo inconfundible a alcohol. Una vez me dejaron una revista abierta sobre la tapa. Un artículo hablaba sobre los jóvenes alcohólicos de fin de semana. Y no tan jóvenes, añadiría yo.

Al día siguiente, sábado, a mi dueña le tocaría limpiar con estropajo —siempre a mano descubierta, con esas manos resueltas, recias como las de un legionario— estos espermatozoides exploradores de mundos porcelánicos. Estos espermatozoides, hermanos de los que tantas y tantas veces han pululado, vivos y calientes, por entre sus dedos, aquí, a mi lado, en la bañera llena de agua espumosa. Pillines.

Pero estaban ambos entonces, anfitrión e invitada, ya saciados, a las puertas del baño, de mis dominios, con la mano en el picaporte sin decidirse a entrar. Se dirigió a mí, y fue la primera vez que lo hizo desde que nos conocemos, hace seis años. Y me di cuenta en ese momento de que nunca me había hablado, de que nunca me había mirado de verdad, como se deben mirar quienes conviven, y lo que me sorprendió no fue aquello, sino el hecho de que sólo en ese momento fui consciente de su silencio de más de un lustro de duración.

—La clave no está en el número de veces que vas al retrete en un día, sino en la calidad del excremento —dijo.

Vale. Se sabía la primera lección, la más básica. ¿Qué mas me podía contar que no supiera?

—Yo noto cuando he comido bien, lo que se dice comer alimentos de calidad, cuando voy al retrete y expulso un moñigo compacto, duro pero no rugoso, sin esa sequedad que se padece a veces, sino consistente, lubricado y de una vez.

Se miraron tiernamente. Entrelazaron las manos. Se besaron. Otra vez. Profundamente. Con pasión.

Quise tomar la palabra. Creo que si consideramos quién soy, el puesto que ocupo y mis años de antigüedad (los dos trienios no me los quita nadie) tenía algo que decir. Algo que comentar, que puntualizar, no más. Pero mi dueño continuó con la exposición:

—En realidad, la humanidad se ha equivocado con el diseño de los retretes. Cagar sentados hace que nos cueste más esfuerzo el dar de vientre, además de que se hace inevitable, en la mayoría de las ocasiones, que nos manchemos. Si depusiéramos de cuclillas, apenas tendríamos que hacer fuerzas. Recuerda que hay estreñidos que llegan a sufrir derrames en el globo ocular de tanto empuja que te empuja en privado. Pero lo mejor de todo es que las nalguitas se separarían adecuadamente y con toda naturalidad para impedir cualquier mancha. Con un retrete tal, mandaríamos a la quiebra a cientos de fábricas de papel higiénico en todo el mundo en menos de tres meses. Es la auténtica revolución rectal que tenemos pendiente. Ven, que te enseñe los planos del prototipo que estoy a punto de patentar.

«Nada de eso», quise interrumpir. «Perdona que te diga...» Pero ya me habían dado la espalda. Se dirigían a su despacho, pero pararon en medio del pasillo para besarse de nuevo, y me dejaron con la palabra en la boca, una vez más, sin poder explicar que las cosas son completamente al contrario, que no sabe de qué está hablando, que una mierda compacta es... una mierda. Quiero decir que un rolete duro, por mucho que quieran llamarlo «lubricado», es siempre el principio de un problema digestivo para mí. Y si es largo, mucho peor. Y peor también para el bajante y para las cañerías, a

quienes me debo. Nadie se ha querido enterar nunca de lo que cuesta desmenuzar esas masas apelmazadas de las que alardea la gente por ahí. Y ¿qué decir de las diarreas? ¿Cómo se atreve ningún médico a llamar «síntomas» a las benditas diarreas? Las diarreas (que no es más que una papilla dulce, y ese es el secreto mejor guardado de todos los tiempos, sí, las diarreas son dulzonas) son perfectamente digestivas para cualquier sifón; una diarrea por la mañana significa el principio de un día feliz. No entiendo de qué se quejan. Son unos mierdas.